

UN BELÉN CAPITALISTA

Fuera hacía frío. Los raquítricos copos de nieve caían sobre el parque mojando apenas el asfalto. Uno de los ancianos del centro miraba desde la ventana, distraído, el espectáculo, mientras una enfermera les explicaba cómo harían el Belén. Les comenzó a dar las indicaciones oportunas con la mentalidad del dirigente de una gran empresa. De forma escrupulosamente organizada, distribuía rápidamente entre todos el trabajo a realizar. Treinta eran los ancianos del centro de día. Treinta veces habría que hacer cada una de las piezas del Belén. Como si de una gran cadena de montaje se tratara, a cada uno de los ancianos se les había encomendado confeccionar una pieza. Ese mismo, el más despistado, no sabía a ciencia cierta la pieza que estaba recortando en la cartulina, cuando se le ocurrió preguntar para que servía. La enfermera, con una sonrisa y sin darle ninguna explicación, le respondió que siguiera realizando su labor y, por primera vez en su vida, el anciano curioso siguió realizando una labor de la que no sabía su porqué.

Afuera empezaba a atardecer y la tenue luz de invierno se iba apagando cada vez más. En las calles los brillos navideños se iban encendiendo para adornar el gran árbol que era la ciudad. La gente corría sin tiempo, atravesando las avenidas comerciales, para comprar a última hora los regalos que aún les faltaban . Una joven, que caminaba en dirección contraria a la muchedumbre ,se paró de pronto, exhausta, y se preguntó por qué la gente corría tanto y qué era exactamente lo que celebraban.